



Paz. (Del lat. pax, pacis).

1. f. Situación y relación mutua de quienes no están en guerra. 2. f. Pública tranquilidad y quietud de los Estados, en contraposición a la guerra o a la turbulencia. 4. f. Sosiego y buena correspondencia de unas personas con otras, especialmente en las familias, en contraposición a las disensiones, riñas y pleitos. 5. f. Reconciliación, vuelta a la amistad o a la concordia. 6. f. Virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuestos a la turbación y las pasiones.

—*Diccionario de la Real Academia Española*.

La paz de los niños y las niñas

Las relaciones entre las personas no siempre son fáciles. Con mucha frecuencia nuestro trato con los demás da lugar a disgustos, rivalidad, enfrentamientos y pleitos. Ello ocurre no sólo entre extraños, sino también entre padres e hijos, hermanos, esposos, novios y amigos. Dicho fenómeno es normal. Es imposible que siempre estemos de acuerdo en todo. Un mundo en el que sólo hubiera armonía, fraternidad y amor puede parecer atractivo, pero solamente existe en la fantasía. La realidad está hecha de luces y de sombras, de tranquilidad y de conflicto, de acuerdos y desacuerdos, de entendimiento e incomprensión. No obstante, si nos dan a elegir, todos preferimos vivir en armonía y todos tratamos de llevarnos bien con los



demás, pese a que, en ocasiones, esto resulte complicado.

La paz es uno de los valores más importantes con los que contamos. No sólo permite que podamos vivir con los otros, sino también ayuda a que nuestra existencia sea más agradable y plena. Es cierto que este valor no impide que haya enojos y enfrentamientos, pero si cultivamos, difundimos y defendemos la paz lograremos que el mundo sea un mejor lugar para vivir.

Es importante aclarar que cuando hablamos de paz no nos referimos sólo a las buenas relaciones entre los países, sino también entre las personas. Incluso existe la paz interior, es decir, la serenidad que podemos lograr dentro de nosotros y que contribuye a volvernos amables, generosos y alegres.

La historia está llena de defensores de la paz. Uno de ellos es Alfred Nobel, nacido en Estocolmo en 1833 y a quien se recuerda por ser el creador de los premios que llevan su nombre, y entre los que destaca el Premio Nobel de la Paz. Dicho galardón se entrega cada año en Oslo, capital de Noruega, “a quien haya laborado más y mejor en la obra de la fraternidad de los pueblos, a favor de la supresión o reducción de los ejércitos permanentes, y en pro de la formación y propagación de Congresos de la Paz”. Lo que poca gente sabe es que Alfred Nobel es también el inventor de la dinamita, potente explosivo que fue creado con fines civiles, pero que pronto se utilizó

como arma de guerra. Horrorizado, Alfred decidió entonces crear el mencionado premio como una forma de recordarnos el valor de la paz.

¿Y tú qué piensas...?

- ¿Consideras que vives en un país pacífico?
- ¿Piensas que tu escuela es un lugar violento?
- ¿Por qué crees que es importante promover la paz?
- ¿Qué harías si tu país entrara en guerra?

Creciendo en la paz

¿Cómo vives la paz? ¿Qué identificas con ella? Puede ser tan sencilla como una tarde tranquila cuando hay silencio en casa y estudias para el día siguiente, en calma, o tan complicada como cuando dos países deciden resolver algún conflicto mediante un acuerdo amable y amistoso que renuncia a la violencia. La paz es el valor que se opone a las riñas, los pleitos y las discusiones, y se vale de la reflexión y el diálogo para resolver conflictos, construir relaciones afectuosas y creativas. Quizá el entorno en el que vives no es muy pacífico, tal vez haya dificultades en casa o problemas en la escuela. Sin embargo, tú puedes y debes hacer la diferencia rechazando las provocaciones, evitando la agresión y buscando conciliar a quienes tienen problemas entre sí. La paz interna termina por proyectarse al mundo exterior y abre caminos por los que es más sencillo andar. Si creces en la paz tu potencial alcanzará su máximo desarrollo. Si promueves la paz estarás contribuyendo a un mundo más seguro y amable donde se desarrollen las demás personas.

La paz es mi valor

Una persona pacífica es una persona serena que no se deja afectar por las circunstancias desfavorables que pueda hallar en su camino y jamás reacciona con violencia. No es fría ni insensible, tiene sentimientos fuertes y adecuados que la hacen sentirse como una persona independiente capaz de enfrentar las dificultades, sin dejar que la arrastren las circunstancias que no pueden controlarse. Nunca pierde el dominio de sí misma ni se siente afligida por los problemas. Sus principales recursos para tratar los conflictos con los demás son la reflexión, el diálogo y la búsqueda de acuerdos. La paz y la serenidad superan el temor y el nerviosismo; han sido los grandes objetivos de los sabios y las naciones.

El nacimiento de las Olimpíadas modernas

Cuando vemos por televisión las transmisiones de los Juegos Olímpicos pensamos que su esencia está en la destreza de los atletas que buscan recibir una medalla de oro o romper algún récord. Eso es sólo la parte más espectacular de una intención profunda, ligada a los valores de convivencia, especialmente a la paz entre los hombres y países. Esa fue la idea que animó a su promotor, el Barón Pierre de Coubertin, quien propuso “reunir a las asociaciones deportivas de todas los países en un vínculo consagrado por la celebración de competencias periódicas”. Su modelo fue el festival deportivo realizado en la antigua Grecia a partir del siglo VI a.C. A Coubertin le interesaba promover los Juegos pues a fines del siglo XIX las naciones europeas vivían tensiones políticas que amenazaban con provocar una guerra. Su proyecto cobró forma y en abril de 1896 se inauguraron en Atenas los primeros Juegos con 14 países y 241 deportistas. La cifra aumentó en las

siguientes ediciones y se había duplicado en los Juegos de Estocolmo, celebrados en 1912. Este exitoso inicio sufrió un tropiezo: la Primera Guerra Mundial, ocurrida entre 1914 y 1918, en la que se enfrentaron las naciones que tiempo atrás convivían pacíficamente y murieron unos diez millones de personas.

Serenidad por fuera

Las personas que logran estar en paz consigo mismas comunican esa paz hacia el exterior. En primer lugar, ponen el ejemplo: ver a alguien nervioso nos pone nerviosos, ver a alguien tranquilo, nos pone tranquilos. Por otra parte, nunca tienen respuestas agresivas. Cuando alguien es pacífico, no importa que una persona se acerque para agredirlo o insultarlo, nada lo hará perder la calma. Ésa es la primera semilla que se pone para cultivar la paz en el mundo. Si alguien nos desafía a golpes y, simplemente, no respondemos, le estaremos indicando que no es la forma correcta de actuar. Si en la casa alguien nos grita y no le contestamos, le estamos indicando que ése no es un buen modo de hablar.

Aparte de su gran importancia para la vida personal, la paz es la mejor forma de

construir sociedades seguras, donde cada quien respete y aprecie a los demás. También es la mejor manera de construir países seguros que puedan desarrollarse y ser cada vez mejores. Cuando los países se enfrentan en guerras todos salen perdiendo: hay muertos, heridos, daños materiales, problemas económicos, hambre y enfermedades. Pero cuando deciden resolver sus diferencias de una buena manera, todos salen ganando.

Vive la paz en tu interior y exprésala en cada una de tus acciones, evita los conflictos y busca los acuerdos. No te dejes arrastrar por un mundo de ruido y agresividad. Aprende a vivir y responder siempre con calma y bondad.

Lo que dicen los libros

“La obra de la verdadera justicia tiene que llegar a ser la paz. El servicio de la justicia verdadera, tiene que ser la quietud y la seguridad hasta tiempo indefinido. Nuestro pueblo tiene que vivir en un lugar de habitación pacífico, habitar en residencias de plena confianza y descansar en lugares sosegados.”

“Horror en el corazón de quienes traman el mal; gozo para los que aconsejan paz.”



“Tener paz con uno mismo es principio cierto para tenerla con los demás.”

—Fray Luis de León, escritor y poeta español (1527-1591)

“No hay camino para la paz; la paz es el camino.”

—*Mahatma Gandhi, abogado y pensador pacifista hindú (1869-1948)*

“Infancia, mi amor...”

—*Saint-John Perse (1887-1975)*

“No hay más calma que la engendrada por la razón.”

—*Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.)*

“Paz y tranquilidad: he aquí la fórmula de la felicidad.”

—*Proverbio chino*

“Que reinen la alegría y el compañerismo para que, de esta manera, la antorcha olímpica siga su camino por diversas épocas apoyando la comprensión amistosa y pacífica entre las naciones por

el bien de una humanidad cada vez más entusiasta, más valiente y más pura.”

—*Pierre de Coubertin, fundador de las Olimpiadas modernas.*

“Recuérdalo: siempre debes usar tus poderes para pacificar la Tierra.”

—*La mujer maravilla, 1976.*

“Estamos aquí con espíritu de paz.”

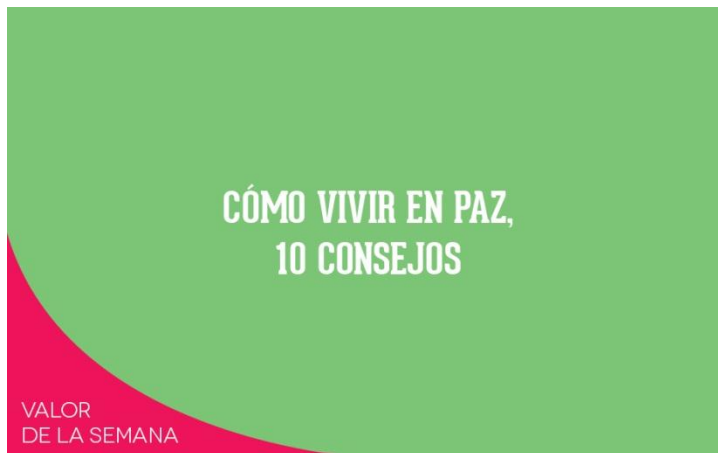
—*Las tortugas Ninja, 2003*

“Hagamos de la Tierra un lugar donde todos puedan venir a vivir en paz.”

—*Power Rangers, 2005*

“La decisión está tomada, ¡lucharemos por la paz y la seguridad del mundo.”

—*La liga de la justicia, 2001*



Cómo vivir en paz, 10 consejos es una serie de pasos para conseguir vivir nuestra vida de la mejor manera posible. ¿Qué haces para vivir en paz? ¡La paz es para todos! Vivir en paz es hacerlo en armonía con uno mismo, con los demás y con todos los seres vivos a tu alrededor. Vivir en paz es un proceso tanto externo como interno. De manera exterior, es una forma de vida en la cual nos respetamos y amamos los unos a los

otros, pensamos y conciliamos nuestras diferencias culturales, religiosas y políticas. De manera interior, todos tenemos que buscar dentro de nuestros corazones y mentes, y entender el miedo que impulsa la violencia, porque si ignoramos la rabia interna, la tormenta de afuera nunca cesará. Vivir la vida en paz está sustentado en algunos conceptos básicos que no se pueden pasar por alto, como el no ser violento, ser tolerante,

sostener puntos de vista moderados y celebrar lo maravillosa que es la vida. Te comparto 10 de ellos.

1. Busca amar, no controlar a los demás No trates de imponer tu voluntad, piensa en paz antes del poder: ponte en los zapatos de los demás e imagina sus emociones, ¿qué sientes? Empezarás a empatizar con ellos.
2. Modera tus convicciones Cuando sientas que estás seguro de tu verdad, duda, cuestionate. Puedes poner a un lado esa certeza y considerar la perspectiva diferente. No es sencillo mantener una mente abierta, pero es muy gratificante comprender y conocer el pensamiento ajeno.
3. Practica la tolerancia La tolerancia se trata de disfrutar de la diversidad, un primer paso es concentrarte sólo en lo positivo de los otros. Si te sorprendes sacando conclusiones negativas y apresuradas sobre las personas, busca los argumentos positivos para demostrarte lo contrario. Recordar que muchos de los mayores conflictos en el mundo se deben a la intolerancia puede estimularte.
4. Sé pacífico Gandhi dijo “Existen muchas causas por las cuales estoy dispuesto a morir, pero ninguna por la cual esté dispuesto a matar”. Una persona pacífica no utiliza la violencia contra otra persona o cualquier ser que siente. Si bien hay mucha violencia en este mundo, toma la decisión de no dejar que la muerte y el asesinato sean parte de tu filosofía de vida. Evitar los estímulos violentos y rodearte de un ambiente que invite a la paz puede ser de gran utilidad.
5. Reflexiona Reflexionar tus pensamientos es una buena idea; en muchas ocasiones no hacerlo ha traído desagradables consecuencias en muchas ocasiones. Claro, a veces es mejor actuar con

rapidez. Pero cuando nuestra seguridad no está en riesgo, podemos detenernos un poco y preguntarnos si la respuesta que pensamos primero es la mejor.

6. Busca el perdón, no la venganza. ¿Te has puesto a pensar cuál sería la consecuencia si todos siguiéramos la ley del talión: “Ojo por ojo”? Quizá todos seríamos tuertos. Vive el presente y no en el pasado, el perdón te libera del resentimiento y estarás más cerca de la armonía.
7. Encuentra la paz interior Sin ella te sentirás en constantemente en conflicto. Dedicar toda tu atención a las posesiones y mejorar tu estilo de vida te hará sentir una y otra vez infeliz porque estás descuidando tu valor interior.
8. Vive alegre Elegir ver la maravilla, la belleza del mundo es un antídoto eficaz contra la violencia, es difícil ser violento contra lo que nos parece agradable, contra lo que te da felicidad.
9. Sé el cambio que desearía ver en el mundo El buen juez por su casa empieza, dice un refrán popular, así que ese deseo, esa imagen que tienes de cómo deberían ser las personas con los demás, muéstralo con el ejemplo, sé tú mismo como quisieras que fueran los otros.
10. Amplía tu comprensión de la paz Todos somos libres de elegir nuestro propio camino, de hecho todo lo que te hemos compartido hasta ahora no es más que una sugerencia. Entre más realidades distintas podamos comprender mucho más amplio será nuestro conocimiento sobre la paz y sus caminos.



El respeto de los niños y las niñas Al no encontrar lugar para estacionarse, una mujer decide ocupar un espacio reservado a personas discapacitadas, pese a que ella no padece discapacidad alguna. Alrededor de las doce de la noche, un muchacho que vive en un edificio de departamentos pone a todo volumen la música de su banda de heavy metal favorita. Un señor llega a la taquilla de un cine y, en lugar de formarse como el resto de la gente, se mete a la fuerza en la fila argumentando que faltan cinco minutos para que comience la película. Mientras una niña le cuenta algo importante a su mejor amiga, ésta saca su teléfono celular y comienza a enviar mensajes de texto. Durante la clase de Física, cuando el maestro se encuentra hablando, varios alumnos conversan entre sí en voz alta. ¿Qué tienen en común todas estas situaciones? Los ejemplos anteriores muestran algunas de las muchas formas que adopta la falta de respeto. En estos casos, una o varias personas actúan de acuerdo con sus propios intereses y sin tomar en cuenta los deseos, derechos o sentimientos de los otros. El respeto es la base de la auténtica convivencia. Sin él, las

relaciones sanas y pacíficas entre las personas no son posibles. De hecho, la sociedad entera no puede funcionar adecuadamente si carece de dicho valor, pues vivir en comunidad significa tomar en cuenta los intereses y necesidades ajenos. Dicho respeto debe ser, además, recíproco, esto quiere decir que así como nosotros estamos obligados a respetar a nuestros semejantes, ellos deben respetarnos también. Resulta fundamental comprender que el respeto no significa solamente ser amables con los demás. Dicho valor va más allá de no ocupar los lugares para discapacitados, no meterse en la fila del cine y decir “por favor” y “gracias”. Todas estas son valiosas muestras de cortesía y buena educación. Sin embargo, el verdadero respeto tiene que ver con algo más profundo: significa reconocer que todas las personas son valiosas, que tienen los mismos derechos innatos, que poseen dignidad humana. Discriminar a alguien, menospreciarlo, humillarlo, ignorarlo, burlarse de él, privarlo de su libertad, tratarlo como un ciudadano de segunda... Todas son expresiones de una misma actitud negativa que nos impide convivir en paz y armonía. ¿Y tú qué piensas...?



• ¿Piensas que eres una persona considerada? ¿Por qué? • ¿Cómo es el ambiente en tu escuela? ¿Es un lugar donde la gente se trata con respeto? • ¿Qué podría hacerse para que exista mayor respeto en tu centro de estudios? • ¿Crees que este valor mejora la convivencia entre los individuos? ¿De qué manera? Podríamos pensar que faltar al respeto es simplemente tener malos modales. Claro, hablar con la boca llena, presentarnos sucios a la escuela o el trabajo, o empujar a los otros para pasar son conductas irrespetuosas. Sin embargo, significan poco en comparación con las verdaderas faltas de respeto: tocar a alguien sin su consentimiento; burlarnos de una religión, de un trabajo o una forma de vida diferente a la nuestra, querer utilizar a los demás como medios para nuestros planes, abusar de quienes están en desventaja (los ancianos, las personas enfermas, los niños muy pequeños, los animales). Debes evitarlo siempre. A veces, la mejor forma es seguir las reglas. Pero pensar siempre “debo hacer esto”, “no debo hacer lo otro” es solo el primer paso. El gran progreso en la búsqueda del respeto no está en la inteligencia, sino en el corazón: el amor a los demás sirve de guía e inspiración para cuidarlos y honrarlos por formar parte de la vida. Una persona respetuosa sabe valorar y reconocer adecuadamente a qué tiene derecho y a qué no lo tiene. A partir de ese reconocimiento, acepta las reglas impuestas por el mundo externo y evita apropiarse o dañar aquello que no le pertenece. Ello no se refiere sólo a los objetos materiales, sino a todo aquello que es un derecho de los otros: su vida, su integridad física, su vocación profesional, sus decisiones, su libertad y

proyectos más importantes. El respeto evita que pensemos sólo en nosotros mismos e invadamos el terreno de las personas que nos rodean. Este valor también se aplica a nosotros mismos: nos invita a reconocer nuestra dignidad humana y a evitar todo lo que nos daña, como el consumo de drogas o alcohol. Ser respetuoso es relacionarse de una forma delicada y creativa con los demás y requiere sensibilidad, imaginación, simpatía y generosidad. Reglamentos olímpicos Hoy, cuando observas los eventos olímpicos como las competencias de cada disciplina y las brillantes ceremonias de inauguración y clausura, con seguridad admiras el perfecto orden en que ocurre todo y el ajuste de cada participante a las normas. Si investigas un poco sabrás que todas las prácticas deportivas que se presentan en ellos cuentan con un estricto reglamento que ha sido elaborado a lo largo de muchas generaciones. Tú mismo sabes que los deportes que practicas, como el beisbol, el básquetbol y el futbol tienen reglas que es indispensable respetar para que todo funcione de una manera regular, ordenada y justa. ¡Pero hace un siglo no era así! En el inicio de los Juegos Olímpicos los reglamentos no existían y todo era un completo desorden, al grado que los pusieron en riesgo de desaparecer. En las ediciones de Atenas, (1896), París (1900) y Saint Louis Missouri (1904) los criterios de selección deportiva no existían ni había forma de determinar que los participantes eran los mejores en su especialidad. La organización también era un desastre. En París los eventos se confundieron en medio de la Exposición Universal y en

Saint Louis se perdieron en los ¡cinco meses! que duró la Feria Mundial

. - See more at:

<http://fundaciontelevisa.org/valores/valores/respeto/#sthash.DLYul2LQ.dpuf>



“Se deja de odiar cuando se comienza a respetar.” —Tertuliano, escritor latino (160-220) “Si respeto a una persona, ella me respetará también.” —James Howell, político e hispanista inglés (¿1594?-1666) “La libertad es el respeto de los derechos de cada uno. El orden es el respeto de los derechos de todos.” —Jean Firmin Marbeau Cuando participas en los Juegos Olímpicos estás allí para realizar un trabajo. Hay que tomarlo en serio. Hay que ser respetuosos. Vestimos los colores de nuestras respectivas banderas y estamos allí para competir en nombre de los países que representamos. —Shannon Miller, gimnasta estadounidense, ganadora de oro, plata y bronce en Barcelona, 1992 y Atlanta, 1996. El respeto no es miedo ni temor; es la capacidad de ver a las personas tal cuales son, estar conscientes de su carácter único como individuos. Así, el respeto implica la ausencia de cualquier tipo de explotación: me interesa que las personas crezcan y se desarrollen por su propio bien, empleando su propio estilo de hacerlo, y

no para el propósito de servirme. —Erich Fromm, El arte de amar Nunca dobles la cabeza. Manténla en alto. Mira al mundo directamente a los ojos. —Hellen Keller La bondad es el principio del tacto, y el respeto por los otros es la primera condición para saber vivir. —Henri-Frédéric Amiel El primer efecto del amor es inspirar un gran respeto; se siente veneración por quien se ama. —Blaise Pascal Ante todo, respetaos a vosotros mismos. —Pitágoras El respeto al derecho ajeno es la paz. —Benito Juárez Hay que respetar todos los derechos, incluso aquellos que nadie defiende. —Publio Virgilio Marin “Siempre es más valioso tener el respeto que la admiración de las personas.” —Jean Jacques Rousseau El respeto por nosotros mismos guía nuestra moral, el respeto a los otros, nuestras costumbres. —Laurence Sterne “Respeto las ordenes, pero también me respeto a mi mismo, y no obedecere ninguna regla hecha especialmente para humillarme.”

—Jean Paul Sartre - See more at:

<http://fundaciontelevisa.org/valores/valores/respeto/#sthash.DLYul2LQ.dpuf>



Respeto



La vocación de Mateo El pequeño Mateo era un niño dulce de ojos azules, rasgos muy finos y una sonrisa que ablandaba a los corazones más duros. Vivía en Salamanca, Guanajuato, pues sus padres trabajaban en la refinería petrolera que hay en esa ciudad. Su abuelo Pedro, que había sido hombre de campo, se encargaba de cuidarlo durante el día y lo fascinaba con los relatos sobre las aventuras y amores de su juventud en la Hacienda del Potrero. “¿Entonces tú eras charro como los de las películas?” le preguntaba Mateo. “Así mero, mijo. Nadie dominaba la reata como yo. A nadie obedecían los caballos como a mí” le respondía el abuelo. De tarde en tarde, en el jardín cercano, le hacía demostraciones del floreo de la cuerda que giraba y trazaba complicadas figuras en el aire. En torno suyo se formaba un círculo de personas para verlo. Mateo tenía doce años cuando su abuelo murió y le lloró todas las lágrimas que nunca había llorado. Al día siguiente del entierro recibió una caja, la única herencia de Don Pedro, al que no le quedaba nada. Era el

traje de charro que había usado de joven: negro, con una brillante botonadura de plata y bordados que parecían hechos por las manos más hábiles de San Juan de los Lagos. Había también una camisa, calzado y un par de espuelas, pero faltaba el sombrero. Entre las prendas Mateo halló una nota manuscrita: “Aquí te dejo la parte más feliz de mi vida, Mateo. Diles a tus padres que respeten mi voluntad y guarden este traje hasta que te quede. Por lo que falta no te preocupes: al que ha de ser charro del cielo le cae el sombrero.” Pasaron los años. Cuando Mateo era ya un apuesto adolescente su familia cayó en problemas económicos pues sus padres perdieron el empleo y vivían de una escasa pensión. Más de una vez la madre pensó en vender el traje del abuelo para cubrir los gastos. “No, mujer —dijo el padre— tenemos que respetar la última voluntad de mi suegro.” En una ocasión ella se atrevió a descoser un botón de plata para empeñarlo. El marido le pidió que devolviera el dinero, lo recuperara y lo prendiera de nuevo en su lugar. La única esperanza del

matrimonio era que Mateo, que ya estaba a punto de cumplir dieciocho años, entrara a trabajar a la refinería y ganara dinero. Pero ¡oh sorpresa! El mismo día de su cumpleaños Mateo se probó el traje de su abuelo que parecía cortado a la medida del nieto y le daba una apariencia espléndida. “Yo quiero ser charro” decidió al verse en el espejo y corrió a decírselo a sus padres. “¡Cómo charro! De eso nos vamos a morir de hambre. ¡Entra a la refinería!” exclamó la madre. “Silencio, mujer, si esa es la vocación del muchacho, hay que aceptarla” dijo el padre y luego habló a solas con Mateo: “Mira mijo, eso de la charrería es de otro tiempo, de otro México... pero si es lo que te gusta, estoy seguro que podrás florear la reata y mandar al ganado como el mismo Don Pedro y hacer de tu vida algo extraordinario”. Cuando Mateo agarró el camino al monte su padre lo abrazó y lo bendijo. Desde el balcón lo miró alejarse y le arrojó, como si cayera del cielo, el sombrero de charro que le había comprado con sus últimos ahorros. Micha y su abuelo El abuelo, el mayor de la casa, era muy muy anciano. Sus piernas ya no soportaban su peso, sus ojos ya no podían ver, sus oídos no escuchaban y en su boca no quedaba un solo diente. Su hijo y su nuera no le servían la comida en la mesa, sino al lado de la estufa, para que no ensuciara. Una vez le pusieron la comida en un tazón. Cuando el viejecito quiso levantarlo, lo dejó caer sin querer, y el traste se rompió. Todo se derramó sobre el piso. Muy disgustada, su nuera le reprochó que dañara los objetos de la casa y que rompiera así los trastes de su vajilla. Empleando un tono grosero, le dijo que a partir de ese día le servirían de

comer en una cubeta de madera, como las que se usaban para dar su alimento a los animales. El anciano suspiró hondamente pero no dio respuesta alguna a esas palabras que lo habían lastimado. Pasó algún tiempo desde esa ocasión. Un día estaban en la casa el hijo y la nuera del anciano. Los dos esposos miraban con mucha atención al pequeño niño de ambos. El infante estaba en el suelo, jugando con unos bloques de madera. Los acomodaba de una manera y de otra, como si quisiera darle forma a un objeto en particular. —¿Qué figuras estás haciendo con esos pedazos de madera, hijo? —preguntó con curiosidad su padre. —Estoy haciendo una cubeta de madera papá. De esa forma, cuando tú y mamá sean tan viejos como el abuelo podré usarla para servirles su comida — informó el pequeño Micha. Sin decir palabra, el hombre y la mujer se pusieron a llorar. Sentían vergüenza de haber tratado al abuelo de aquella manera. Desde aquel día le sirvieron nuevamente la comida en la mesa, y lo cuidaron bien.

- See more at:

<http://fundaciontelevisa.org/valores/valores/respeto/#sthash.DLYul2LQ.dpuf>